

—Hace tiempo que no vienes!... Qué, vas á matarnos con tu caballo?—exclamó Marianka de pronto muy secamente y volviendo las espaldas.

Lukachka parecía alegre en extremo. Su rostro resplandecía de orgullo y satisfacción; la frialdad de Marianka hirióle en lo más vivo y frunció el ceño.

—Sube al estribo, querida mía; te llevaré á las montañas!—exclamó súbitamente como para arrojar de sí sus sombríos pensamientos; y caracoleando entre las jóvenes, se inclinó hacia Marianka.—Te voy á abrazar! Oh, cómo te besaré!

Marianka levantó los ojos hacia él; encontráronse sus miradas y se ruborizó.

—Aparta... me aplastas,—dijo bajando la cabeza y contemplándose las torneadas piernas, ceñidas de medias azules con flechas bordadas y sus zapatos de color rojo con galones de plata.

—Voy á arreglar el caballo,—dijo Lukachka—y vuelvo con Nazarka, para andar de fiesta con vosotras toda la noche.

Y dando un fuerte espolazo al corcel, giró rápidamente y tomando por la calle lateral, llegó pronto, seguido de Nazarka, á la cabaña de sus padres.

—Ya estamos! Vuelve pronto!—dijo á su compañero, que se dirigía hacia la vivienda inmediata, pasando con precaución por la puerta cochera.

—Buenos días, Slepka,—dijo á la muda, que con el traje de los domingos salía á recibir el caballo, y por señas le indicó que le diera un pienso sin desensillararlo.

La muda mugió estrepitosamente y besó el hocico del bruto, para expresar que le parecía hermoso.

—Buenos días, madre, no has salido aun?—gritó Lukachka descendiéndose el fusil y subiendo la escalera.

La anciana abrió la puerta.

—No te esperaba, ni mucho menos. Kirka me aseguró que no vendrías por ahora.

—Trae vino, madre. Nazarka va á venir; hay que holgar un poco.

—Enseguida, Lukachka, enseguida!—contestó su madre.—Todas las mujeres están en la fiesta; probablemente irá también la muda.

Y cogiendo las llaves, corrió precipitadamente hacia la despensa.

Nazarka llegó á los pocos momentos, después de haber acomodado en la cuadra su montura.



XXXVII

La gran cacería de caballos

BEBE á nuestra salud,—dijo Lukachka tomando un vaso de vino que le tendía su madre, llevándolo cuidadosamente á los labios.

—Es extraño!—dijo Nazarka.—Por qué ha dicho el viejo: Cuántos caballos has robado? Sin duda debe saber algo.

—Es un brujo!—interrumpió Lukachka.—Pero, qué nos importa? Los caballos ya han vadeado el río, de modo que aunque los busque...

—No obstante, hay que ir con cuidado.

—Por qué? Lo que hay es saber hacer bien las cosas. Mañana le llevas un jarro de vino y lo convences. Ahora juguemos. Toma! bebe,—gritó Lukachka, imitando la voz del viejo Erochka.—Vamos á ver á las muchachas... Tú vete á hacer la miel, ó sino ya irá la muda. Vamos á divertirnos hasta mañana, pero mucho!

Nazarka sonreía.

—Pero, nos quedaremos aquí mucho tiempo?

—Deja que nos divirtamos y ve á buscar aguardiente; toma dinero.

Nazarka aceptó y se fué á casa de Iamka.

Erochka y Erguchov, con las caras encendidas y tambaleando, entraron en la cabaña.

—Medio jarro más!—dijo Lukachka á su madre, correspondiendo al saludo de los visitantes.

—Bueno. Ahora cuéntame, con que has robado muchos?—exclamó Erochka.—Bravo, así me gusta.

—Ah! pues á mí también me gusta,—replicó Lukachka riendo —y luego haces regalos á las mozas de parte del alférez, viejo pícaro!

—Es falso, no es verdad!—el viejo se reía á carcajadas.—Me suplicó que le arreglase la cosa... Me ofreció una carabina. Pero no lo haré... Que Dios se apiade de él. Yo lo compondré; te tengo lástima. Dí, dónde has estado?

El viejo comenzó á hablar en tártaro. Lukachka le respondió lo mismo.

Erguchov hablaba mal el tártaro, mezclando muchas palabras rusas.

—Sé de cierto que has robado caballos. Estoy seguro. A ver, cuéntame cómo ha sido.

—Pues bien: fuimos con Guireika,—Lukachka decía Guireika en vez de Guirei-Khan—quien dijo que conocía la estepa hasta la otra parte del río y ofreció llevarnos por el camino más corto. Pero cuando salimos, la noche era muy oscura y mi buen Guireika se perdió, se embrolló y no supo salir del paso. Sin duda fuimos demasiado á la derecha. Estuvimos divagando hasta media noche en que, afortunadamente, los perros encontraron el rastro.

—Necio!—dijo Erochka.—También á mí me sucedió perderme en la estepa. Entonces, subido á una colina, me quedé allí ahullando como los lobos. Mira, así,—y poniéndose las manos en la boca soltó un sonido parecido al de una manada de lobos, de una sola nota.—Enseguida me respondieron los perros. Bueno, prosigue: Qué encontrasteis?

—Oh! fué cosa de un instante; hubo para todos... pero á poco más perece Nazarka á manos de una mujer de los nogais.

—Sí, me cogió...—afirmó Nazarka que estaba ya de vuelta.

—Nos pusimos de nuevo en marcha; Guireika se perdió otra vez y nos condujo á un desierto. Nos señalaba el Terek, pero, según sus indicaciones, nos fuimos por mal sitio.

—Tenfáis que seguir las estrellas,—dijo Erochka.

—Lo que yo decía,—agregó Erguchov.

—Sí, pero cuando el cielo está encapotado... Miré, busqué... Me encontré un jumento, lo cogí y solté mi caballo. Yo creí que aquel animal nos guiaría, pero no dirás lo que hizo: Se puso á rebuznar con el hocico tan gacho que casi tocaba á tierra, brincó y

derecho como una paja nos trajo á la *stanitza*. Y menos mal porque el día ya apuntaba. Apenas tuvimos tiempo de esconder los caballos en el bosque...

Erguchov inclinó la cabeza.

—Repito mi enhorabuena. Cuánto has ganado?

—Todo lo llevo aquí,—respondió Lukachka golpeándose el bolsillo.

En aquel momento entró la vieja. Lukachka se calló.

—Bebe,—dijo en voz alta.

—Del mismo modo llegamos tarde cierta vez con Guirei-Khan... —prosiguió Erochka.

—Bueno! quieres acabar?—interrumpió Lukachka.—Yo me marchó.—Y vaciando la copa se ajustó el cinturón y salió á la calle.



XXXVIII

El rompimiento

CUANDO Lukachka abandonó su casa era ya muy oscuro. Aquella noche de otoño era fría aunque apacible. La luna deslizábase por entre grandes nubes, por encima de los plátanos sombríos que bordeaban uno de los lados de la plaza. Salía de las chimeneas el humo que mezclándose con la neblina se esparcía por la *stanitza*; de las ventanas salía el reflejo de las luces. Un fuerte olor de *kisiak*, de mosto, impregnaba el ambiente. Las conversaciones, las risas, los cantos, el crugir de las pepitas al quebrarse oprimidas por los dientes de muchachas y muchachos resonaban en confusión, pero con más estruendo que durante el día. Los pañuelos blancos de las mujeres y los gorros peludos de los cosacos distinguíanse formando grupos, en medio de la sombra que proyectaban las cabañas.

En la plaza, frente á la puerta abierta de una tienda muy iluminada, veíase como un enjambre de cosacos y muchachas que llenaban el espacio con sus sonoros cánticos, sus risas burlonas é irónicas conversaciones. Las chicas pequeñas agarradas de la mano jugaban al corro en el centro de la sucia plaza. Una joven delgada y fea entonaba esta cación:

Por entre el bosque sombrío
Ay! chiquitín

Por entre los verdes campos
hemos visto dos gentiles
jóvenes, aun no casados;
paráronse en el camino
y los dos se disputaron.
Dirigíase hacia ellos
una muchacha, olvidando
los pesares que atormentan
á los corazones blandos,
y parándolos les dijo
en tono firme de mando:
«Yo no seré sino de éste»,
y aproximóse al más guapo,
joven de cabellos de oro
y piel de fino alabastro.
Y cogiéndola el mancebo
se la llevó por los campos,
presentándola á la gente
que envidiaba á los amados:
«Mirad, amigos, que esposa
ahora el cielo me ha dado!»
y admirando su belleza
pretendían separarlos.

Las viejas, sentadas haciendo corro, escuchaban las canciones. Los chiquillos y las muchachas corrían entre la oscuridad cogiéndose unos á otros. Los cosacos rodeaban á las jóvenes festejando á las muchachas guapas que pasaban por su lado, cortando la ronda de vez en cuando para introducirse y bullir en ella. En un escondido rincón, cerca de la puerta, hallábanse Bielesky y Olenín en traje de faena, con gorro. Hablaban con voz reposada, pero como se les oía, llamaron pronto la atención. Por un lado del grupo pasaban Ustenka con su corpiño rojo exuberante y su compañera Marianka con su camisa y corpiño nuevos. Olenín y Bielesky trataban del medio de que podrían valerse para hacer salir del corro á Ustenka y Marianka. Bielesky creía que era todo ello una ligereza de Olenín, mientras éste esperaba hallar así la solución de su porvenir. Quería á todo trance obtener una respuesta decisiva de Marianka. «Sería su mujer ó no?» Aunque para él, esta pregunta quedó resuelta desde mucho tiempo antes en sentido negativo, confiaba aun en tener fuerza suficiente para decirle cuánto pensaba y ser comprendido de ella.

—Por qué no me lo dijisteis antes?—preguntó Bielesky.—Hubiera podido arreglar el asunto por mediación de Ustenka. Sois un hombre verdaderamente extraño.

—Qué hacer! Luego, más tarde os lo contaré todo. Por ahora no os pido más sino que, por Dios! que vaya ella esta noche á casa de Ustenka.

—Sí, creo que será fácil conseguirlo... Qué, serás fiel á un rubio, Marianka, y abandonarás para siempre á Lukachka?—le dijo Bielesky mientras pasaba junto á sí á Marianka, guardando las conveniencias del momento. Y sin esperar respuesta acercóse á Ustenka y le pidió que llevara á su casa á su fiel amiga.

Todavía no había terminado su encargo, cuando el jefe de coro entonó una canción y las muchachas del grupo siguieron diciendo:

«Un gallardo mancebo mira por detrás de la huerta; pasa la primera vez por la calle y hace una señal con la mano; pasa la segunda, y hace la señal con el sombrero; pasa la tercera y se detiene. Quiero verte, amada mía, reñirte porque no bajas al jardín. Me desprecias, querida mía? Pues ten cuidado... me casaré contigo y te haré verter muchas lágrimas».

Lukachka y Nazarka habían roto el ruedo y se paseaban por entre las jóvenes. Lukachka, agitando las manos, movíase en el centro del círculo cantando con voz clara y potente.

—Qué avance una de vosotras!—dijo luego.

Las muchachas empujaban á Marianka, que no quería adelantarse. Entre los cánticos se oían las risas, bofetones, besos y murmullos. Al pasar ante Olenín, Lukachka le saludó amistosamente con un movimiento de cabeza.

—Dmitri Andreitch, también tú vienes á la fiesta?—le dijo.

—Sí,—repuso seca y bruscamente Olenín.

Bielesky se inclinó al oído de Ustenka y le dijo algo en voz muy baja. Ella quiso contestar, pero no pudo, porque el corro marchaba ya y solamente á la otra vuelta dijo:

—Está bien; iremos.

—También Marianka?

Olenín se dirigió entonces á ella.

—Ven, te lo suplico, siquiera por un momento; tengo algo que decirte.

—Todas las mozas irán y yo con ellas.

—Me darás la contestación que espero?—preguntó nuevamente inclinándose hacia ella.—Estás muy contenta esta noche.

La joven se alejó y él seguía mirándola.

—Me contestarás?

—A qué?

—A lo que te pregunté anteayer tarde,—dijo Olenín al oído de la muchacha.—Te casarás conmigo?

Marianka reflexionó un punto.

—Ya te lo diré,—dijo.—Te lo diré hoy sin falta.

Y en la oscuridad buscaban sus ojos con alegría y enternecimiento la mirada abrasadora del joven.



Seguía ésta siempre con la vista, sintiéndose feliz al inclinarse hacia ella.

Pero Lukachka, sin interrumpir su cántico, la estrechó entre sus brazos arrastrándola al centro del círculo.

Olenín no había tenido tiempo más que para decirle: «Ven á casa de Ustenka», é inmediatamente se dirigió hacia su compañero. La canción hubo de terminar muy pronto, Lukachka y Marianka se limpiaron los labios y mutuamente se besaron. «No, han de ser cinco», dijo Lukachka. La charla, las risas, las carreras des-

ordenadas sucedieron al movimiento y sonos regulares. Lukachka, que, al parecer, estaba muy obsequioso, distribuyó bombones á las muchachas.

—Habr  para todas,—decía con una satisfacción orgullosa y cómicamente chocante.—Pero aquella á quien agraden los militares, que deje la rueda,—añadió lanzando una mirada rencorosa   Olenín.

Las mozas quit banle de la mano las golosinas disput ndoselas después entre ellas. Bielesky y Olenín permanecían   un lado. Lukachka, como intimidado por su propia generosidad, fué   donde estaban Marianka y Ustenka quitándose la gorra y enjug ndose con la manga el sudor del rostro.

—Estás enfadada conmigo, querida?—dijo repitiendo el último verso de la canción que acababa de recitar y aplicándola   Marianka.—No est s enfadada?—repitió.—Si te casas conmigo habrás de verter muchas lágrimas,—añadió abrazando   un tiempo mismo   Ustenka y   Marianka.

Ustenka, al desasirse, alargó el brazo y golpe  al cosaco fuertemente en la espalda, pero con tanta violencia que se hizo daño en la mano.

—Qué! Quer is continuar el corro?—pregunt .

—Como quieran las otras,—respondió Ustenka,—pero yo me voy á casa y conmigo Marianka.

El cosaco, siempre agarrado   Marianka, la hizo salir de entre la multitud y la condujo   un rincón,   la sombra de una casa.

—No vayas, Marianka. Divirt monos por la última vez... O bien vete   casa, que all  estará yo inmediatamente.

—Y qué he de hacer en casa? Las fiestas son para distraerse. Me voy con Ustenka,—dijo Marianka.

—De todos modos, me casar  yo contigo?

—Bueno, ya lo veremos,—repuso la joven.

—Ir s   tu casa?—pregunt  seriamente Luka estrechando con más fuerza   la joven y bes ndola en la mejilla.

—Quita, déjame!—y desprendiéndose de él violentamente, se alejó.

—Vaya con la moza!...—dijo Luka moviendo la cabeza.—Esto concluir  mal! He de hacerte derramar muchas lágrimas.

Y volviéndole la espalda, grit    las otras:

—Vamos   jugar!

Marianka se detuvo asustada.

—Qué es lo que va á concluir mal?—pregunt .

—Lo que t  haces.

—Y qué hago?

—Te diviertes con el militar... y ya no me amas.

—Si dej  de quererte fué porque quise. T  no eres ni mi padre ni mi madre. Qué le vamos hacer? Quiero   quien quiero.

—Está bien!—dijo Luka.—Pero te acordarás.

Y se volvió á la rueda.

—Hola, muchachas!—grit ,—  cantar otra ronda. Nazarka, ve y tr enos aguardiente.

—Vendrán?—preguntaba Olenín.

—Enseguida,—le respondió Bielesky.—Vamos   hacer los preparativos para el baile.



XXXIX

Olenín y Marianka se prometen

YA muy entrada la noche Olenín abandonaba la cabaña de Bielesky acompañando á Marianka y Ustenka. El pañuelo blanco de la joven se distinguía en medio de la oscuridad que envolvía la calle. La luna como luciente hostia caía sobre la estepa, y una plateada neblina cubría la *stanitza*. Todo estaba tranquilo; no se veía reflejo de luz en las casas ni se oía más que el paso de las dos jóvenes que solas se alejaban. El corazón de Olenín latía con violencia. Su cara encendida, refrescóse con el aire húmedo. Miró al cielo y se volvió hacia la cabaña de donde había salido. Las luces estaban ya apagadas y nuevamente contempló la sombra de las mujeres que se alejaban casi huyendo. El pañuelo blanco desapareció al fin entre la bruma. Erale imposible permanecer solo, sentíase tan feliz! De un salto ganó la calle y echó á correr en busca de las muchachas.

—Vete, que alguien podría vernos,—dijo Ustenka cuando estuvo á su lado.

—Eso no importa.

Olenín corrió á Marianka y la abrazó.

Ella no opuso resistencia.

—No la has besado ya bastante?—dijo Ustenka.—Cuando te

cases con ella podrás abrazarla hasta que te canses. Pero, ahora espera.

—Hasta mañana, Marianka. Mañana iré á tu casa y le hablaré á tu padre. Tú no digas nada.

—Por qué se lo he de decir?—respondió la joven.

Las muchachas echaron á correr. Olenín se volvió solo pensando en cuanto había hecho.

Toda la noche la había pasado al lado de Marianka, solos en un rincón cerca del hogar, sin que Ustenka abandonase un solo momento la cabaña jugando con Bielesky y sus compañeras. La conversación de Olenín con Marianka fué en voz muy baja.

—Te casarás conmigo?—le preguntaba.

—Me engañas; no me quieres,—respondía ella con alegre tranquilidad.

—Me quieres mucho? Responde por Dios.

—Por qué no he de quererte? No eres tuerto,—decíale Marianka; y estrechaba las manos de Olenín entre las suyas vigorosas. —Qué finas son tus manos, qué blancas, puras como la cuajada.

—No pretendo burlarme. Dí, te casarás conmigo?

—Por qué no? Si mi padre quiere...

—No olvides que si me engañas me vuelvo loco. Mañana mismo hablaré con tus padres. Te pediré en matrimonio.

De pronto ella soltó una carcajada.

—De qué te ríes?

—De nada. Es gracioso!

—Digo la verdad. Compraré una casa con jardín y me haré cosaco.

—Cuidado con querer á otras mujeres! Eso si que no lo permito.

Olenín recordaba todo esto con cierta satisfacción. Ante tales reminiscencias tan pronto se sentía triste como inundado de gozo. Su respiración entrecortábase con frecuencia. Lo que más le disgustaba, era la firme tranquilidad que había notado en ella mientras charlaban. Sin embargo no llegaba á disminuir su afecto en lo más mínimo. Como si no le creyese, ella no pensaba en el porvenir. Parecíale á Olenín que Marianka le quería de momento, pero sin tender la vista á lo futuro. Sentíase dichoso al creer que eran ciertas sus palabras cuando le decía que consentía en unirse con él.—«Sí,—se argumentaba—sólo entonces podremos comprendernos; cuando ella sea completamente mía. Para un amor como el mío no hay palabras suficientes, es necesaria una vida, una vida entera para inmolarla en su honor, como prueba de la pureza de los sentimientos que me animan. Mañana nos explicaremos; conti-

nuar así me es imposible. Mañana lo contaré todo á su padre, á Bielesky, á toda la *stanitza*...

Lukachka había bebido tanto, que, después de dos noches de juerga, no pudo tenerse en pie, por la primera vez en su vida, y se quedó en la *stanitza*.



XL

La caza de los abreks

AL día siguiente, Olenín se levantó más tarde que de ordinario; tan pronto como se despertó pensó en lo que le esperaba y con gran alegría recordó los besos de la víspera, las manos recias que estrechaban las suyas y las palabras «qué blancas son tus manos!» Saltó del lecho y quiso marchar inmediatamente á casa de sus patronos para pedir la mano de Marianka. El sol no había salido todavía, cuando Olenín creyó observar una agitación extraordinaria que se producía en la calle. Corrían, trotaban los caballos, se discutía acaloradamente. Tomó su abrigo y salió á la puerta. Los patronos estaban acostados aun. Cinco cosacos á caballo discutían, ó mejor, se disputaban.

Lukachka, sobresalía entre todos por su hermoso caballo de Kabarda. Los cosacos hablaban todos á un tiempo, gritaban y no se podían entender.

—Corred al cuartel!—gritaba uno.

—Ensilla y ve corriendo,—decía otro.—Por esta puerta ganaremos terreno.

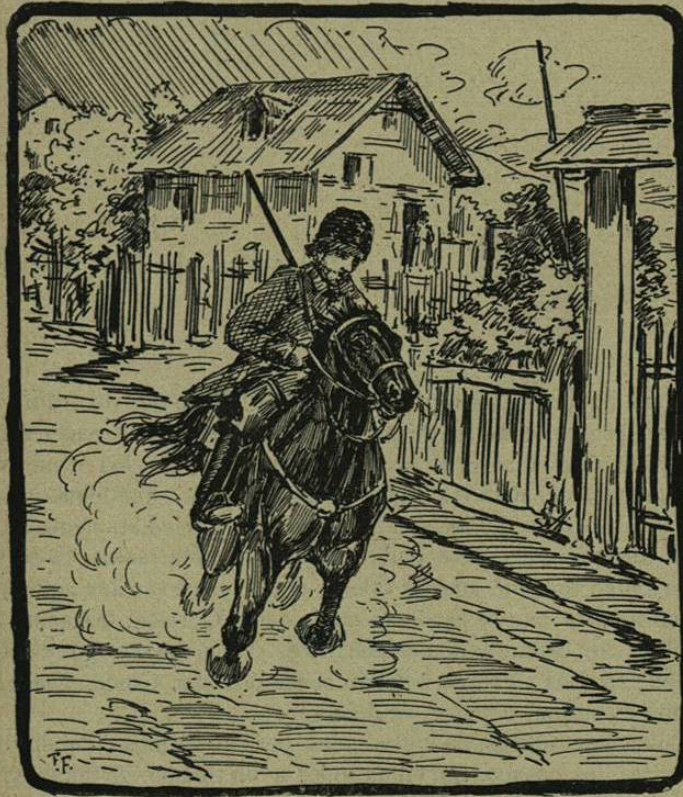
—Quién lo ha dicho?—repuso Lukachka.—Hay que salir por la puerta del centro.

—En verdad que es más corto el camino,—dijo un cosaco que cubierto de polvo cabalgaba sobre un jamego nadando en sudor.

La cara de Lukachka estaba roja, extenuada por el jolgorio de la víspera. Llevaba la gorra echada atrás y gritaba furiosamente como si fuera el jefe.

—Qué ocurre? A dónde vais?—preguntó Olenín costándole gran trabajo hacerse oír por los cosacos.

—Vamos á cazar una partida de abreks, que deben de ocultarse en las rompientes del río. Marchamos enseguida, pero somos pocos.



Y los cosacos, continuando sus gritos y algazara, alejaronse calle abajo. Olenín pensó que tenía el deber de acompañarlos, imaginando volver enseguida.

Vistióse, cargó su fusil, saltó sobre el caballo apenas ensillado, que le ofrecía Vanucha, y alcanzó á los cosacos en las puertas de la *stanitza*.

Los cosacos, á pie, con sus corceles cogidos por las riendas, formaban un estrecho círculo. Llenando los vasos de madera con el vino que les habían regalado, apuraron el líquido haciendo votos por el buen éxito de la expedición. Al frente de ellos se hallaba un corneta joven y elegante que el azar había conducido á la *stanitza* y que se encargó del mando de los nueve cosacos reunidos. Todos ellos eran simples soldados, y aun cuando el corneta se encargó del mando de aquellos individuos, no obedecían otra voz que la de Lukachka. En cuanto á Olenín nadie puso atención en su presencia. Cuando todos hubieron subido á caballo emprendieron la marcha.

Olenín se acercó al corneta y le interrogó sobre lo que iban á hacer. El chico, que generalmente era muy correcto, quiso concederse gran importancia y Olenín no pudo averiguar casi nada. La patrulla enviada en busca de los abreks había descubierto algunos de ellos á ocho *verstas* de la *stanitza* ocultos en las rompientes. Los abreks, cubiertos en un repliegue del terreno, disparaban sobre los cosacos. El sargento había dejado dos de sus hombres para vigilarlos, yendo él á pedir refuerzos.

Salía el sol: á tres *verstas* de la *stanitza* extendíanse las estepas; por todos lados se veía tan sólo la llanura uniforme, triste, árida, surcada por escasos senderos; la hierba estaba ya marchita; aparecían algunos cañaverales en los barrancos y algunas tiendas de nómadas en el más lejano horizonte. La ausencia de árboles y el aspecto melancólico del paisaje sorprendían mucho á Olenín.

En la estepa el sol sale y se pone como un globo enrojecido. Cuando corre el viento, las montañas de arena se elevan; cuando el tiempo es bonancible, como en ese día, el silencio es grande. El cielo estaba cubierto, aunque dejaba ver el sol naciente; la atmósfera tibia, sin un soplo de viento; sólo se oía el pisar de los caballos y sus resoplidos. Los cosacos avanzaban mudos, sin que sus armas hicieran ruido, pues se avergonzaría el cosaco de llevar armas con *sonajero*. Dos de sus compañeros de la *stanitza* los alcanzaron en el camino, cambiando con ellos algunas palabras. El caballo de Lukachka pisó la hierba y resbaló; esto es un presagio funesto entre los cosacos. Todos se contemplaron y volvieron la cabeza enseguida, sin hacer mención del incidente que era en aquel momento de inmensa gravedad. Lukachka frunció las cejas, apretó los dientes, tiró con violencia de la brida y levantó el látigo. El noble animal se encabritó como si quisiera volar. Pero Lukachka le castigó con dos ó tres golpes, y el caballo mordiendo el bocado

y tendida la cola, salió de estampía adelantando un gran trecho á los cosacos.

—Qué hermoso animal!—dijo el corneta.

Decía *animal* y no *caballo* en señal de elogio.

—Es un león,—añadió uno de los viejos.

Los cosacos continuaban su marcha silenciosos, ora caminando al paso ó ya al trote, rompiendo así á intervalos la monótona solemnidad del conjunto.

En la estepa, á la distancia de unas ocho *verstas*, no encontraron más que una *kibilka* nogai, carreta cubierta, que avanzaba lentamente. Pertenecía á un nogai que con su familia viajaba de un pueblo á otro. Luego, en una esplanada, hallaron dos mujeres nogais también, que con una banasta recogían el estiercol que el ganado había dejado al pasar por la estepa, destinándolo al *kisiak*.

El corneta, que se expresaba muy mal en el lenguaje de aquellas gentes, les dirigió la palabra; pero ellas, sin comprenderle, asustadas, mirábanse una á otra.

Lukachka se aproximó, detuvo su caballo, saludó á las mujeres en los términos corrientes en el país y con aire alegre entraron con él en conversación sin dificultad alguna, como si fuera un compatriota.

—*Ai! ai, kop abrek!*—decían como lamentándose, indicando con la mano la dirección que seguían los cosacos.

Olenín comprendió que querían decir «muchos abreks».

Olenín, que jamás había visto cosa semejante y no tenía más idea de aquello que la suscita é incongruente relación de Erochka, no quiso abandonar á los cosacos, con el decidido propósito de presenciar todo cuanto aconteciera. Admiraba á los cosacos, dirigía la vista en torno suyo, escuchaba y hacía sus observaciones. No obstante haberse provisto del sable y de un fusil cargado, resolvió no meterse en el asunto, toda vez que los cosacos le tenían por descartado, tanto más cuanto que creía haber dado suficientes pruebas de valor en el destacamento y sobre todo no eran estos momentos propicios para intervenir en una contienda así, cuando se sentía completamente dichoso.

De pronto se oyó un disparo de fusil que venía de muy lejos. El corneta, enmudecido, comenzó á tomar sus disposiciones. Cómo agrupar los cosacos? A qué lado se habían de colocar? Pero estos no reparaban en los preparativos. No miraban ni escuchaban más que á Lukachka. La cara del cosaco expresaba gran tranquilidad y aplomo. Galopaba delante de ellos sin que los otros pudieran alcanzarle, y guiñando los ojos escudriñaba el horizonte.

—Allí hay alguien á caballo,—dijo reteniendo su cabalgadura y colocándose al lado de sus compañeros.

Olenín tendía su vista sin poder ver á nadie. Los demás cosacos distinguieron bien pronto á dos caballeros y con paso ordinario se dirigieron directamente hacia ellos.

—Son éstos los abreks?—preguntó Olenín.

Nadie contestó á una pregunta que para ellos era necia. Los abreks hubieran sido muy tontos de venir por ese lado con sus caballos.

—Parece que el viejo Erochka nos hace señas,—dijo Lukachka designando á los jinetes que ya se veían muy claramente.—Sí, se dirigen hacia nosotros.

En efecto; apenas habían transcurrido unos minutos, cuando vieron claramente que los jinetes no eran otros que los cosacos que habían salido á explorar el terreno, y el corneta se aproximó á Lukachka para acordar con él lo que mejor se pudiese hacer.